



LA LLAVE DE HIERRO

PERE CALDERS

A media tarde, cuando la conversación decayó, uno de los amigos se levantó del sillón y recorrió lentamente toda la estancia, contemplando los muebles y los objetos con una curiosidad que ninguna norma social podía reprimir.

—Tienes una bonita casa —dijo.

El otro sonrió, halagado. Lo acompañaba con la mirada, aguardando el instante en que, tras haber descubierto la vitrina, se sintiera intrigado por su contenido. Efectivamente, el visitante se detuvo frente al pequeño aparador y dedicó una prolongada atención a lo que guardaba. Por fin, preguntó medio en broma:

—¿Las tres llaves sirven para cerrar el cerrojo del libro? Me parece excesivo y de un tamaño exagerado, a no ser que el *Diario de Elena C.* tenga un interés excepcional. ¿Pertenece a algún miembro de tu familia?

—Te responderé siguiendo el mismo orden

—dijo el amigo fingiendo una divertida gravedad—: las llaves, como puedes juzgar por tí mismo, no corresponden al libro, pero se relacionan de manera muy directa con él. El diario posee, en cierto aspecto, un interés excepcional. Y Elena C. no es ninguna dama de la familia, pero se halla estrechamente vinculada a los recuerdos de mi padre, y no en el sentido que enseguida pretenderás imaginar.

Y, dirigiéndose hacia la vitrina, añadió:

—No creas que se trata de un diario trivial típico de una señorita de la época. Mira.

Cogió el libro y lo abrió por el punto indicado por una cinta amarilla. Una letra menuda, de educación conventual, llenaba una reducida parte de la página dejando amplios márgenes: «4 de febrero de 1902. Hoy he abierto el armario. ¡Oh, es horrible! Comparto un secreto que jamás hubiera deseado descubrir. En vano busco las palabras adecuadas para contarlo; mi pluma se seca al intentar describir lo que han contemplado mis ojos.

LA LLAVE DE HIERRO

Renuncio a ello, ahora, y creo que nunca seré capaz de hacerlo.»

—¿Qué te parece?

—¡Qué estilo! Tendrás que dejarme leer todo el diario.

—El resto no te interesaría. Rebose una afectación insoportable. Pero más adelante recobra el tono misterioso.

Pasó algunas páginas y señaló las siguientes líneas «20 de febrero de 1902. ¡O sea que, realmente, contenía algo! ¿Pero, cómo es posible que yo no lograra verlo?; ¿se trata de un doble fondo que la policía no ha descubierto hasta ahora? Me he comportado estúpidamente. Hoy le han detenido, y todo el mundo cree que me verá implicada en la investigación. Mis amigas, a pesar del gesto compungido que adoptan en mi presencia, me tienen una envidia tremenda.»

—¿Y no hay más?

—No.

—¿Y las llaves?

—Las llaves y el diario fueron útiles a mi padre en un proceso que, en su época, le dio gran notoriedad. Alguien pagó un alto precio por un crimen del que se le acusaba.

—Cuéntame.

—No puedo decirte casi nada. Mi padre nunca quería referirse al asunto. Muchas veces me daba la impresión de que seguía abrigando dudas lo suficientemente importantes como para mantenerlo inquieto. Imagínate la relevancia que todo esto debió tener en una época determinada de mi infancia. ¿Ves? Hay dos llaves de oro y una de hierro. Una de las de oro es la original, y las otras son copias.

—¿Cómo lo sabes?

—Las sometieron a peritaje y parece que eso, al menos, quedó fuera de dudas. Mi padre atajaba cualquier pregunta que le formulábamos y, a veces, incluso reaccionaba con violencia, hecho de veras extraordinario teniendo en cuenta su carácter pacífico. Pero yo, a pesar de los rapapolvos, insistía sin ningún resultado. En cierta ocasión, mi padre cedió a un impulso que me dejó atónito. Me cogió del brazo, me condujo ante la vitrina, y dijo, como dirigiéndose más a sí mismo que a mí: «La llave de hierro podría explicar el misterio. Lo presiento desde el primer día. Pero intuyo, también, que nunca nadie logrará esclarecerlo.» Pronunció estas palabras con un tono profético. Pocos días después murió —ya sabes en qué circunstancias— y, desde entonces, me he mantenido en la convicción de que se trataba de una verdadera profecía.

—Esto no es justo. Si no estáis en condiciones de satisfacer la curiosidad de los visitantes, no deberíais despertarla exhibiendo la vitrina. Estaba muy tranquilo y, en cambio, ahora, me inquietará el desconocimiento de un drama que no me afecta y del que nos separa una distancia de cuarenta y cinco años.

Los dos amigos se sentaron de nuevo y la cordialidad no impidió que una actitud pensativa los acompañara durante el resto de la velada.

¿Pero quien nos impide, a nosotros, saber algo más al respecto?

Todo empezó en una pequeña ciudad burguesa, donde las buenas costumbres no dejaban lugar a la murmuración y en la que una plácida existencia era motivo de que no ocurriera nada extraordinario.

Un ciudadano insignificante, al que una regular fortuna protegía de las preocupaciones materiales, experimentó el despertar de una ambición que lo impulsaba a destacarse y se inventó un artificio con el que, al principio, triunfó. Conocedor de la necesidad de crearse un clima de misterio, fingía saber mucho más de lo que podía decir, y cuando lograba tener intrigados a sus interlocutores, bajaba lentamente la mano que había posado en el pecho y la dejaba resbalar por el chaleco floreado hasta dar con la cadena que llevaba colgada entre dos bolsillos. Se enroscaba el dedo índice con ella, mostraba discretamente la llave de oro que colgaba de una de las anillas y accionaba el dedo de modo que le daba un movimiento pendular.

Esperaba. A veces, la conversación todavía tomaba algunos giros, pero siempre había alguien que acababa por preguntar:

—¿Y esta llave de oro?

Entonces, simulaba que un escalofrío lo estremecía. Soltaba bruscamente la cadena y con la misma mano, que avanzaba como si intentara detener algo, imponía silencio con un gesto y decía:

—¡Eso no, por favor! Todos tenemos un íntimo comportamiento para el que pedimos la discreción de los demás.

Y la llave y las palabras le iban proporcionando un prestigio que le servía para prosperar.

Se creó una técnica de asamblea, de comité y de consejo. Insinuaba soluciones seguras que el peso de un juramento le impedía revelar, y, antes de las votaciones, solicitaba turno y se entregaba a un juego: había desprendido la cadena de los ojales que la sujetaban y la apretaba con fuerza dentro del puño cerrado, dejando que la llave sobresaliera entre los dedos. En pie, en medio de una reunión de gentes sentadas, giraba alrededor de un eje invisible y mostrando la mano cerrada, pronunciaba un discurso incoherente, y, al final, pedía que la inteligencia de los oyentes intentara realizar el esfuerzo de leer o de entender entre líneas lo que la discreción no le permitía decir a las claras. Siempre había alguien que traducía en ideas y proyectos elevados sus frases desconectadas.

Después, abatido por la tensión empleada, se levantaba los faldones de la levita y se sentaba, semicerrando los ojos mientras devolvía la cadena a su lugar habitual, fingiendo que el trenzar y destrenzar de dedos y anillas eran un desahogo inconsciente de los nervios.

Casi siempre salía elegido. Poseía cargos municipales, presidía toda clase de juntas, y puesto que era el único ciudadano con una leyenda, tenía fama de ser el más interesante.

Vivía en un palacete rococó, estucado de color de rosa, con caras de ángel de piedra y espirales y tirabuzones florales, alternando con cestas y capiteles insolentemente inútiles. En el jardín, al pie de la gradas que conducían a la entrada de la casa, se erigía la figura de un perro de bronce, con la orejas tiesas y la rigidez de una vigilancia metálica.

Cuando alguien mostraba interés por la figura, él manifestaba la vanidad del amo que habla de las singularidades de la raza canina y de antecesores ilustres, y con el bastón señalaba la inscripción, en relieve, del pedestal: «Fondería del Pignone. Firenze.»

La casa tenía dependencias para todos los usos y necesidades. Pero la más importante era la que



albergaba el armario isabelino, el que abría la llave de oro.

Al instalarlo allí, llamó a todo el servicio y dijo:

—Sabéis que gozáis de mi confianza, el sólido bien pensar de las gentes rectas. Os dejo hacer y deshacer según el trabajo de cada cual y tenéis llaves que abren todos los cerrojos. Nunca os he preguntado por qué entráis y salís de una estancia ni qué polvo escondido os lleva a registrar cajones. Pero de ahora en adelante, os prohibo una cosa: nadie se acercará a este armario, ni siquiera con el pretexto de la limpieza. ¡Mantened todo en buen estado, que el brillo de las maderas caras, de la plata y del mosaico den cuenta del bienestar de este hogar; barred, fregad y pasad gamuzas por todas partes, pero que nadie se acerque a este armario! Que vuestra solicitud alargue la vida de los objetos, que todo presente el rostro de la pulcritud, aunque estos cuidados pongan más en evidencia el abandono en que mantendremos al armario. Sólo yo tengo la llave que puede abrirlo (la mostré). Si alguien intentara forzarlo, mis buenos sentimientos se convertirían en maldad y no descansaría hasta poder tomar venganza. Ahora, dedicaros a vuestras obligaciones y recordad siempre mis órdenes.

Así nació la leyenda. Los criados la divulgaron y las demás gentes tomaron a su cargo la tarea de completarla.

En la ciudad había hombres ilustres por su sangre a quienes todos respetaban. Había otros que, por su talento y estudios, o por su riqueza, o por haber trabajado en cualquier orden que sirviera al interés colectivo, recibían honores y consideraciones. Pero sólo él poseía un armario prohibido y una llave de oro para abrirlo.

Muchas imaginaciones se habían empleado en la tarea de dar una explicación a lo que él sugería. Las personas poco amigas de esforzarse le atribulaban una fortuna celosamente guardada, pero el choque con la lógica más elemental los desarmaba. Otras se inclinaban a creer en la existencia de unos documentos que no podían ver la luz pública, sin explicar por qué razones. Pero como el caso del dinero, ¿qué sentido

tenía sustituir la caja fuerte por el armario?

También circulaba la versión de un amor desafortunado, y, en este caso, el mueble guardaría sus reliquias: cartas y regalos sentimentales, miniaturas con retratos, quien sa-

LA LLAVE DE HIERRO

be qué flores secas, y quizá, trocitos de tela con poder evocador. Los partidarios de esta suposición aplicaban su ingenio en relacionar la figura poco galante del protagonista con una historia romántica.

Un pequeño círculo se inclinaba a creer que el armario contenía un cadáver, hábilmente embalsamado, y que transcurrirían años antes de que se pudiera averiguar a quién pertenecía. Y los más sutiles decían que todo aquello escondía una vergüenza, sin que ni ellos mismos regatearan el prestigio que significaba guardarla bajo llave de oro.

Y él, el guarda del misterio, conocía todas las interpretaciones y flotaba en la fama que le creaban, manteniéndose a flor de una situación envidiada.

No podía evitar tomar partido; él mismo, y completamente a solas, se sentía poseedor de un secreto de sangre derramada, y, mientras vivía esta íntima visión, se conducía de manera sombría, pasándose a menudo la mano por la frente mientras apretaba los labios. En una ocasión, encarnando el papel, dejó atónitos a un grupo de amigos con el siguiente soliloquio:

—Por débil que sea el vínculo entre la vida y la muerte, sólo Dios puede romperlo. ¡Sólo Dios! Quien se atreva a coger con sus manos esta prerrogativa divina conocerá el peso de una maldición terrible...

Y agachó la cabeza, rehuyendo la mirada de todos los presentes durante un buen rato.

Otras veces, se inclinaba a favor de quienes creían en documentos ocultos, y actuaba como si les diera la razón. Adoptaba un aire ausente y decía, por ejemplo: «¡Qué poder el de la palabra escrita! ¡Algunas líneas de tinta roja sobre el papel amarillo cambiarían el curso de las cosas si alguien las divulgara! La responsabilidad de quien tenga a su arbitrio mantenerlas en secreto o darlas a conocer es una triste herencia.»

Pasaba por temporadas en que su modo de actuar desorientaba y el armario se veía revestido de una importancia mítica. Parecía que contuviera a la vez las reliquias de un amor, el cadáver, los documentos de interés público y el dinero.

Pero dado que sus facultades de apasionamiento eran escasas y no podían dispersarse, el hecho de concentrarlas en un solo objeto acabó por dominarlo. Alrededor del armario, en su imaginación, se iba formando un halo que lo alejaba de las cosas conocidas.

Sin poder adivinar los motivos, un miedo lleno de pureza se convertía en el tema central de su vida. Por las noches, cuando el sueño de todos los objetos inanimados acentuaba el silencio en la casa, él se cubría el rostro con el embozo de la sábana y vela, como si pudiera penetrarla con la mirada, la oscuridad de todos los aposentos, el rostro enemigo de los muebles y de los ornamentos acechando alguna presa indefinible y, centrándolo todo, irradiando fosforescencia, el armario con la gravedad de un auténtico misterio.

«Es miedo gratuito —se decía—. El miedo de

siempre que acompaña a la noche. La leyenda es una creación tuya y puedes arreglarla ahora mismo y clarificarla para abrir tu espíritu a la llegada del sueño.»

Pero su fantasía, incapaz de emplearse en dos actividades contradictorias, se empeñaba en suministrarle los elementos necesarios para mantenerlo inquieto. Le faltaba coraje para cerrar los ojos, por temor a que las cosas inmóviles aguardaran el instante en que la voluntad lo abandonara para entregarse a terribles acometidas.

Cuando la luz del día devolvía su habitual aspecto a la casa y a todo lo que contenía, se hacía unos levisimos reproches, porque el orgullo de saber que la leyenda tenía fuerza suficiente para dominarle incluso a él le proporcionaba una visión más extensa de la manera de utilizarla. A pesar de ello, la compañía de los criados le resultaba insuficiente y, de un modo lento y no confesado, como si quisiera darse una sorpresa, se le ocurrió la idea de casarse.

Se dedicó a una elección en la que el sentimiento amoroso carecía de participación alguna, y estableció un plan de acuerdo a la técnica que le resultaba más familiar. Eligió una señorita acomodada, poco solicitada, y pidió su mano de manera singular en el curso de una entrevista con la muchacha y sus padres.

—Todavía no he decidido tomar nuevo estado —les dijo—. Pero el día en que lo haga, mi esposa entrará en posesión de un pequeño imperio. Ciertas indiscrepciones por parte de mi servicio, que la bondad me impide reprimir, son motivo de que sean públicamente conocidas la buena instalación de mi casa y la liberalidad que reina en mi administración doméstica. Mi mujer lo compartirá todo conmigo y sólo le prohibiré una cosa: nunca hará ninguna pregunta respecto al armario ni, muchísimo menos, intentará abrirlo. Ni siquiera se acercará a él, dentro lo que le sea posible. ¿Creen que, con estas condiciones, podré encontrar esposa?

La damisela accedió, y cuando sus amigas le recordaban cómo distaba su prometido de los ideales que se habían forjado, ella provocaba su envidia respondiendo que estaban en lo cierto, pero que tendría la oportunidad de averiguar algo respecto al armario.

Celebraron la boda cumpliendo con todas las conveniencias y comenzaron una corta vida matrimonial.

Un día, el marido, mientras se dedicaba al repaso de unos oficios, oyó un grito de miles de púas que se clavaron por toda la casa. Se levantó de un brinco y la borta de su gorro de terciopelo quedó bailando ante sus ojos.

«Procede de abajo —pensó—. ¡El armario!» Instintivamente, relacionaba cualquier hecho insólito con aquel mueble. Corrió, recogiendo los faldones de la bata con las manos, y bajó la escalera a saltitos.

Los criados corrían llevándole ventaja, y, al ver, de lejos, el armario con una hoja medio abierta, los detuvo con la voz: «Qué nadie avance un paso más!»

Los sirvientes se quedaron quietos, y él se abrió camino apartándolos con los codos. Su esposa se hallaba tendida en el suelo, desvanecida; un remolino de ropa y se encajes finos rodeaba la poca carne visible; los brazos, con la piel escalofriada, y el rostro tan pálido que la muerte podía reflejarse en él.

Saltó por encima del cuerpo y cerró la puerta del armario, sin atreverse a mirar el interior. Introdujo la llave de oro en el cerrojo y dio dos vueltas, inseguras por el desconocimiento de lo que guardaban.

Se agachó para asistir a la dama y al hacerlo indicó a los criados que lo ayudaran. Condujeron a la señora hasta un sofá y alguien fue en busca de sales aromáticas.

El marido observó que ella mantenía cerrado el puño derecho apretando con fuerza algo. Se lo abrió y retiró una llave de oro como la suya. «Una copia —pensó—. ¿Cómo es posible? ¡Ah, sí! El molde de cera. ¡El aprovechamiento de la intimidad para pillarme por sorpresa!»

Cuando la esposa dio muestras de recobrar el dominio sobre los sentidos, hizo bailar la llave delante de sus ojos y le preguntó:

—¿Qué significa esto?

—¡Oh, monstruo! —gritó ella—. ¡Quiero volver enseguida al lado de mi madre!

Hete aquí que esto le desconcertó. A lo largo de múltiples reflexiones, había planeado la actitud adecuada para todas las situaciones que podía prever. Sabía cuán difícil resultaría dominar el estupor del curioso que, furtivamente, comprobaba la ausencia de elementos misteriosos en el armario, y de qué insinuaciones debería valerse para dar a entender que la apariencia de normalidad encubría con frecuencia los secretos más impenetrables.

Se retiró a un rincón de la sala, y, sosteniéndose el mentón con la mano derecha, inició el curso de unas meditaciones frente a un busto de Julio César que le sostuvo una mirada de mármol sin pupilas, tan ausente como la suya. «Así pues —pensó—, la versión del cadáver oculto debe de ser cierta. Ni dinero, ni documentos, ni recuerdos habrían producido semejante efecto al ser descubiertos. ¡Soy un hombre devorado por su propia leyenda!»

La dama se levantó atropelladamente; se dirigió hacia su habitación de donde salió, acto seguido, envuelta en un chal.

—Mañana mandaré a recoger lo que me pertenece.

—¿A dónde vas?

—¡A casa!

Tuvo el impulso de decirle que quería acompañarla, que no podría resistir a solas la proximidad del armario, pero ella le detuvo, expresándole la repugnancia que le inspiraba.

Después del porta-

zo, los criados se retiraron y él experimentó una sensación de soledad y desamparo ante aquel enigma encerrado entre paredes y madera.

Ni por un instante se le ocurrió la posibilidad de abrir el mueble y enfrentarse valientemente con lo que encerrara. El simple relato de una desgracia le restaba salud, y sólo pensar en la existencia de un cuerpo muerto en su propia casa le producía vértigo y se veía obligado a apoyarse en la mesa o silla más próxima.

Siguieron algunos días durante los que una nueva angustia se apoderó de él. El encuentro regular de la pulsación arterial se sincronizaba oscuramente con un palpitir que, a su juicio, se originaba en el armario y establecía resonancia por toda la casa. Con una amarga sonrisa, evocaba la imagen de un explorador perdido en la selva, perseguido de noche y de día por un «tam-tam» que le indicaba un peligro sin señalarle el camino de la huida.



LA LLAVE DE HIERRO

Por la mañana, a la luz del sol, intentaba serenarse prestando un aspecto favorable a sus reflexiones, y se repetía que él mismo compró el mueble, disponiendo su colocación, y que él mismo, también, era el autor del primario engaño al que debía su prestigio. Pero el recuerdo de la conducta de su esposa rompía bruscamente las amables cogitaciones, y se cogía la cabeza con las manos. «¡No, no! —murmuraba. El grito y el desmayo fueron motivados por algo al margen de mi fantasía. He oído decir que, con frecuencia, el hombre queda atrapado en las trampas que tiende a los demás, y eso es lo que me ha sucedido.» Conocía, ahora, la curiosidad que durante tanto tiempo había cultivado en los demás, pero se trataba de una curiosidad mucho más pujante.

Esperaba que su mujer explicara la experiencia vivida y que alguien, llevado de buenos oficios, le diera a conocer el secreto.

La noche misma de la separación, los padres mostraron una insistencia lógica por saber las causas que la habían motivado, pero ella evitó las preguntas con las siguientes palabras:

—A nadie diré lo que ha ocurrido. No quiero regresar jamás junto a mi marido, y las personas que me quieran de veras, no deberían hacer ninguna referencia, a partir de ahora, a mi boda.

Después, se encerró en su habitación, se sentó ante un pequeño escritorio y abrió el cajón donde guardaba su diario. Lo hojeó amorosamente, refleyó algunas líneas, borró algo, y, al fin, escribió: «El armario estaba vacío. Hasta esta tarde no he tenido la copia de la llave; he esperado un momento propicio, lo he abierto y, al comprobar que no contenía nada, que lo único que me había impulsado a contraer matrimonio con un hombre como él era un engaño, he lanzado un grito de rabia y he perdido el sentido. No diré nada a nadie, porque mis amigas me asociarían para siempre a una historia grotesca. Pero jamás volveré con mi esposo.»

Mordió con delicadeza el mango de la pluma y alzó los ojos en actitud meditativa. De repente, se le ocurrió pensar que la intimidad de los diarios siempre acaba por resultar violada (¿qué gracia tendría, de lo contrario, escribirlos? —pensó—), y tomó una nueva decisión. Arrancó la página a ras del pliego y la quemó.

«Hoy he abierto el armario —anotó—. ¡Oh, es horrible! Comparto un secreto que jamás hubiera deseado descubrir. En vano busco las palabras adecuadas para contarlo; mi pluma se seca al intentar describir lo que han contemplado mis ojos. Renuncio a ello, ahora, y creo que nunca seré capaz de hacerlo.»

Esta vez, experimentó una auténtica satisfacción. Guardó el diario y extendió los brazos para dar la bienvenida al sueño. Se desnudó soñolienta y se metió en la cama.

Quince días después, el amor propio le pasó una preocupación. Para liberarse de ella, silabeó una nota corta, la protegió con un sobre cerrado y la dio a una sirvienta de confianza para que se la entregara a su marido.

Los rítmicos latidos no habían cesado ni por un momento. En un intento por evadirse de ellos, iba de un lado a otro de la casa cantando con voz delgada y asustada las melodías con las que pudiera sentirse más acompañado.

¡Pero qué engaño tan débil para una obsesión tan importante! El armario estaba allí, espiándole, y el miedo que le infundía le acompañaba por todas partes. A veces, cediendo a un arranque provocado por la desesperación, se acercaba al armario dispuesto a abrirlo, pero le faltaban el coraje y se abandonaba en cualquier asiento, con la cabeza gacha y las manos cogidas apretando los dedos.

Así le sorprendió la criada que le llevaba la carta. Oyó una breve discusión en la puerta, la voz de alguien que insistía en entregarle algo personalmente, y, un instante después, leía:

«Sorprendí tu secreto. Sé que el armario no contiene ningún elemento misterioso o, mejor dicho: no contiene nada. He sentido la necesidad de decírtelo para que no especules alrededor de una pretendida bobada. Y, además, porque he de conminarte a que mantengas tu historia indefinidamente; mi reputación, en este caso, está tan ligada al armario como la tuya, y la verdad me cubriría de oprobio. Quema esta carta, considera definitiva nuestra separación y toma cuantas precauciones sean necesarias para que la farsa inventada mantenga vivo como hasta ahora el interés de la gente.»

Seguían unas frías palabras de despedida, pero ni las vio. Se levantó radiante, llenándose los pulmones con un hondo respiro. «¡Así pues, eran manías mías!», exclamó. Rompió la carta, atónito, y la arrojó al hogar encendido.

Pasó del abatimiento más profundo a una euforia que lo abocaba a las mayores esperanzas. Se hizo el propósito de ir al club inmediatamente y volver a ver a los viejos amigos; movería pendularmente la llave de oro y se mostraría más sutil que nunca. Se acercaba la elección de nuevo alcalde y recobró una antigua ambición.

Se puso el abrigo de cuello de pieles y el sombrero de color café. Antes de salir, se detuvo frente al armario y pensó: «Mañana por la mañana lo abriré, en un acto simbólico de la pérdida de todos los temores.» Con una mano le hizo un gesto mimoso y, al acercarse, pisó un charco de sangre. Por la grieta inferior de la hoja de la puerta caían lentamente las gotas y la mancha del suelo crecía. Pero él ni siquiera lo advirtió.

Dejó huellas rojas en el mosaico del vestíbulo, y en la pequeña alfombra de la entrada. La grava del jardín le limpió las suelas, y al cargar su peso sobre la piedra de la calle, con el paso seguro del hombre que huía de una pesadilla, ya no lo delataba la señal de ningún rastro.

Pensó que la noche era agradable y se reafirmó en el propósito de ir al club con la asiduidad de antes. Pero estaba escrito que nunca más volvería a ir. ■

Traducción: Ana María Moix. Ilustraciones de Fuencisla del Amo.